

Para los antiguos cafés de gente de teatro, tres arterias ciudadanas de afiebrado y, de año en año, creciente tránsito callejero, determinaron sendas latitudes céntricas que se entrecruzaron con el meridiano capitalino de nuestra progresista Santa María de los Buenos Aires. Aquellas fueron: la todavía angosta calle Corrientes, la ya ensanchada Avenida de Mayo y la intermedia Cangallo, calle también de teatros, actualmente desaparecidos o demolidos, además de uno incendiado, como el Ateneo, y otros adyacentes como el Comedia, de Cerrito; el París, de Suipacha; y el San Martín, de Esmeralda, todos ellos de nostálgica recordación para quienes convivieron en torno a mesas de café, horas memorables en el historial de la escena rioplatense.

En unos apuntes escuetamente borroneados y apresuradamente hilvanados para una de las ediciones del boletín social de "ARGENTORES", hube de establecer que el café fue una verdadera institución —irreemplazable e intransferible— para autores, actores, críticos de teatro. Por vivir la generalidad de ellos en pensiones (el sueño de la casa o el departamento propio fue inalcanzable y quimérico para más de una generación) el café hizo de lugar de reunión —algo así como un living colectivo y público—, sitio de citas, de tertulias, de relaciones públicas... y privadas; hasta de agencia de contrataciones... Muchas obras se gestaron y escribieron en el café (Florencio Sánchez ejemplifica el caso); las sobremesas y "antemesas" se realizaban en el café; los elencos se integraban y contrataban en el café; los periodistas recogían sus noticias y registraban al detalle la intensa y vasta actividad teatral, en las mesas de café; y hasta las parejas iniciaban su romance y seguían conviviendo junto a la mesa de café.

Antes del ensayo de la tarde de las secciones vespertinas y las de la noche, a horas de la madrugada después de la función, la gente de la farándula se congregaba en los cafés preferidos, algunos de ellos casi exclusivos para determinados grupos o peñas. La preferencia por unos o por otros las establecieron las proximidades de ciertos teatros, ubicados en sitios estratégicos de la metrópoli.

confiterías en nada se parecían al de **Los Inmortales**, título que se le ocurrió a Florencio Sánchez y que Evaristo Carriego impuso a la dulce bonhomía de **Monsieur León**, su último dueño aunque mucho se haya escrito y discutido sobre la paternidad del nombre. Algunos lo atribuyen a Zabala, otros a Ingenieros, Saldías, a Rubén Darío, alguien a Carriego. Pero en verdad Carriego sólo exigió a **Mr. León** el cambio del nombre **Café Brasil** por el de **Los Inmortales** pero cuando ya todo Buenos Aires lo denominaba así por una ocurrencia festiva y generalizada de Florencio Sánchez, uno de sus parroquianos predilectos... "El café cobró rápida notoriedad. Se le debió un poco a la afluencia de todo ese mundo vibrátil y bullicioso que ya entonces proclamaba o deshacía una obra nacional en el teatro homónimo de la vecindad y, sobre todo, al hospedaje permanente de jóvenes impetuosos y capaces, con frecuencia irreverentes, que allí debatían sobre los temas generales y particulares de la actualidad literaria, filosófica y aún política del nuevo y viejo mundo... Aquellos muchachos "inmortales" constituyeron fundamentalmente la clientela auténtica, calificaron y dieron tono olímpico al café. En su imaginario despielfarro terminaron por regalarle hasta el nombre..."

La nómina de quienes fueron ya asiduos, ya ocasionales contertulios, y sustentaron su nombre, sería interminable. Podría decirse, sin incurrir en hipérbole, que ninguno de su contemporánea generación teatral e intelectual dejó de sentarse en una de las mesas del café "Los Inmortales".

Andando los años, mi homónimo Carlos Tálce (quizá pariente lejano entroncado con la misma rama familiar que arranca del pueblo de Ricaldone, en el norte itálico), el popular y afable Carlitos, gerente que fuera del café "La Terraza", ubicado en Corrientes y Paraná, de sonrisa tan pródiga como pródiga fue su amplitud y facilidad para acopiar adiciones firmadas —que si muchas de ellas jamás se hicieron efectivas quedaron en su poder como autógrafos de famosos firmantes— al trasladarse de esquina, en la intersección de las mismas calles ya nombradas, bautizó con el nombre de "Los Inmortales" el café del cual, en la década del 30, llegó a ser propietario, aunque de

ROBERTO A. TALICE

# VIEJOS CAFES DE GENTE DE TEATRO

## LOS INMORTALES

No sólo por razones de orden cronológico sino también de importancia y de tradición, es de forzosa justicia encabezar la nómina con la mención de "Los Inmortales", café que, con idéntico nombre, inspiró el libro antológico de Vicente Martínez Cuitiño, protagonista y biógrafo de su casi legendaria existencia. "El café estaba en la calle Corrientes, entre Suipacha y Artes, relató el autor de **Servidumbre**, de **La fuerza ciega**, de **Los Colombini**, de **El espectador** o **La cuarta realidad**. Entonces, la amplia avenida actual era una arteria estrechísima pero caudalosa del centro ciudadano. Con sólo observar la circulación de coches y tranvías y el vaivén de peatones apresurados sobre y bajo el cordón de las aceras imaginábase su posterior magnificencia.

Los teatros que alojaba, tales como el de la Opera —cómoda y elegante sede lírica de la urbe—, el Nacional y el Apolo, destinados preferentemente a la representación de obras argentinas, y a los próximos a la calle como el Odeón —primera y refinada sucursal de las grandes compañías dramáticas de París, Madrid, Roma y Milán—, el San Martín, el Casino, el de la Comedia, el Scala y el Pigall, determinaban aglomeraciones humanas que perpetuaban por la noche, en el sector señalado, el ritmo de su actividad durante el día".

En su libro, Martínez Cuitiño señaló que los cercanos cafés

percedera vida por cuanto las cantidades fiadas, con munificencia de mecenas, sobrepasaron los ingresos necesarios para una más prolongada subsistencia.

En "La Terraza" primero, alternaron "barras de muy diversa integración, como ser la de los redactores del diario "Crítica" (Carlos Muñoz (a) el Malevo Muñoz o Carlos de la P0a, Enrique Gustavino, los hermanos Cordone, Enrique y Raúl González Tuñón, Pablo Suero, Rafael Conde, Héctor Raúl Valentini, Hugo Marini); la de autores como Julio Sánchez Gardel, Ricardo Hickeys y de músicos como Francisco Payá, Enrique Delfino y Matto Rodríguez; y la de actores como Roberto Casaux Enrique Serrano, Alfredo Camiña, Juancito Fernández, Marcos Caplán y tantos, tantos otros..."

En "Los Inmortales" después, antes de su cierre definitivo, trasnocharon en promiscua camaradería, hasta el despuntar de las primeras horas del día, Alberto Novión y José Antonio Saldías, que hasta sus últimos años jamás abdicaron de su bohemia noctámbula; el maestro Salvador Merico, parsimonioso; Fernando Ochoa, dicharachero; Pedrito Gianelli, silencioso; César Bourel, gritón y destemplado; Nicolás Fregues, comedido; Telémaco Contestáble, dilapidador; Belisario García Villar, fantástico; Eduardo Cuitiño, aplomado; Antonio Daglio, incontrolable.



Los Inmortales

## VIEJOS CAFES

### ITINERARIO "CORRENTINO"

Con visión retrospectiva recorramos rápidamente, a vuelo de breves referencias, el itinerario señalado por los cafés de gente de teatro de prensa o de letras, de la entonces angosta calle Corrientes. "La Helvética", de San Martín y Corrientes, acogía a Roberto Payró, a Joaquín de Vedia, a los más conspicuos redactores del diario "La Nación". El sótano del "Royal Keller", en la esquina de Esmeralda, ofrecía ámbito propicio a los bebedores de cerveza... En los alrededores, los "aristocráticos" cafés "Richmond's" ofrecían confortables butacones a los "oligarcas" de la farándula vinculados a las actividades de teatros "privilegiados", como el Odeón y el Maipo... Pero el café más frecuentado, en la década del 20, sobre todo a la terminación de las secciones nocturnas, fue el de "Los 36 billares", frente al teatro Nacional. Abigarrada y heterogénea era allí la presencia de gentes de teatro. Así he debido describirlo en mi personal y antes aludida evocación de los cafés de antaño. En una mesa, Armando y Enrique Discépolo, de quienes no se podía decir si eran más amigos que hermanos o más hermanos que amigos; José Antonio Saldías y Raúl Casariego, de quienes también no se podía decir si eran más compañeros que colaboradores o más colaboradores que compañeros; Rafael de Rosa y José A. Bugliot, cuya amistad terminó también en colaboración; Samuel Eichelbaum, siempre fiel a su apostolado autorral; Pedro E. Pico, siempre leal a su ironía a flor de labios; Yamandú Rodríguez, con su amplia sonrisa bondadosa y Eugenio Gerardo López, con su ceñudo gesto y su inseparable "garrote...". En otra mesa, uruguayos habituales: Atilio Supparo, Domingo Sapelli, Santiago Arrieta, Domingo Gallicchio... Alberto P. Cortazzo, entonces Administrador de la Sociedad Argentina de Autores, movedido y locuaz, tanto detenía en un pasillo a Vicente G. Retta —melena al aire... o al viento, corbata voladora, flor roja en el ojal— como iba a saludar a Alberto Vaccarezza y a Carlos M. Pacheco, ambos tocados por sendas galeras de acuerdo al imperio de la moda masculina de la época, o a Samuel Linning, invariablemente acicalado de acuerdo a su espijada figura de lord inglés... Infrecuentemente se hacían presentes Xavier Bóveda, recién llegado de su España natal, con un manojo de versos, e Isaac Morales, con sus cuartillas de repórter... Abundaban las polémicas a viva voz. Y no menudeaban las querellas personales. Cierta noche hubo de ser contenida por los presentes la entrerriana iracundia de Claudio Martínez Paiva, quien pretendió aniquilar a Nicolás Coronado (hijo), cáustico comentarista de la actualidad teatral, que le había atacado en una de sus críticas negativas...

Continuando el itinerario, y pasando de largo la "Novelty", en la esquina de Libertad, que recién adquirió cierto auge y fue punto de reunión de un sector de teatro muchos años después, debemos detenernos en "La Real", en la esquina de Talcahuano, al lado del teatro Cómico, donde, particularmente

en el segundo lustro de la década del 20, podían verse, por lo común en la misma mesa a Alberto Novión, vasco noblote, a Tito Insausti, vasco vivaz e ingenioso, a Armando Mook, porteño chileno de origen alemán, a Pablo Suero, gentil y obsequioso cuando tenía dos copas de menos, provocador e insultante cuando tenía dos docenas de más... En "La Real", los inseparables hermanos Pibernat tenían por interlocutores a Lepera, autor de revistas y después de letras de tango y argumentista de películas para Carlos Gardel, a quien acompañó en sus viajes hasta la muerte en la catástrofe de Medellín... En otra mesa, compartían muchas veces un único café el autor Alberto Ballesteros y el actor Pepe Arias... Otra, era ocupada por Luis Arata, entronizado en el escenario del Teatro Cómico y otra por los amigos de Alberto Ballerini, el de las detonantes camisas multicolores, empresario del teatro Smart: Jorge Dowton, chileno de origen, Emilio Rossi, autor de obras históricas, Manuel Belnicoff, autor y periodista antes de lanzarse a la agitada vida política. Ivo Pelay se reunía habitualmente con Eduardo Béccar, binomio al que a veces se agregaba Edmundo Caprara... Y en "La Real" no dejaba de tener su mesa la barra rosarina cuando bajaban a Buenos Aires: Mariano de la Torre, Nicolás Vio'a, Bravo, Robertaccio, captadores y sembradores de simpatías y afectos... Y no escasearon en "La Real", como en los otros cafés de la época, polémicas y encontrones de palabra... y hasta de hecho. Más de una vez se repitieron incidentes que configuraron verdaderos duelos dialécticos... y de puños, entre Pablo Suero y Enrique Gustavino, entre Manuel Sofovich y Julio F. Escobar, entre Enrique Serrano y Domingo Parra...

Otro hito del itinerario "correntino": "El Telégrafo", en la esquina de Uruguay, al lado del teatro Apolo, donde los no menos inseparables hermanos De Bassi, que eran tres, Arturo, Antonio y Feliciano, emulaban el ejemplo de los Pibernat. Allí, Germán Ziclis y Carlos Dedicó, planearon en colaboración, obras de motivos turfísticos con destino a la compañía de los hermanos Ratti; José González Castillo, imponía su autoridad y Carlos Schaefer Gallo lucía su elegancia; Alejandro Berrutti alternaba ya con Antonio Botta o con Arnaldo Malfatti, mientras Florencio Chiarello, con su peculiar gracejo y léxico pintoresco, entretenía a Carlos P. Cabral de su seriedad y a Carlos P. Ossorio de su necrológica predisposición para escribir obras con títulos y temas "mortuorios"... Julio C. Traversa, empresario, y Domingo Parra, jefe de boletería del teatro Apolo, y ambos autores de éxito, fueron asistentes cotidianos de "El Telégrafo".

Terminamos nuestro itinerario en la calle Paraná, esquina de "La Terraza" primero, después de "Los Inmortales", a los que ya nos hemos referido, con el agregado de una mención al café que, en dichas proximidades, era frecuentado por los artistas líricos italianos de no menos pintoresca tradición teatral.

## CANGALLO, LA INTERMEDIA

Antes de recorrer el itinerario de Cangallo, calle intermedia entre la de Corrientes y la Avenida de Mayo, donde numerosos teatros ubicados cerca de su intersección con la calle Carlos Pellegrini, dieron animación y vida a muchos cafés de los alrededores, no se puede omitir la mención del café "La Brasileña", por su proximidad a dicha arteria. En el prólogo que escribiera para la "radiografía ciudadana del primer cuarto de siglo", de José Antonio Saldías, con el título **La inolvidable bohemia porteña**, registré los más conspicuos concurrentes a esa ya "histórico" café: los ya citados Alberto Ghirardo, cuya galera a la moda contrastaba con su demolidor anarquismo; Claudio Martínez Paiva, con sus amplias patillas y Rodolfo González Pacheco, con su amplia crotaba voladora; además de Luis Bayón Herrera, envuelto en su capa española y Ernesto Herrera, luciendo su tricota **gorkiana**, Edmundo Guibourg, dibujando sobre el mármol de las mesas de café, los dos tocayos e inseparables amigos y hasta colaboradores en una obra de teatro, Roberto Martínez Cuitiño y Roberto Ribelli...

Otro desvío en el itinerario de la calle Cangallo nos permitirá recordar los cafetines de la cortada de Carabelas, frecuentados durante las madrugadas, por los mismos parroquianos que en el día se reunían en "El Seminario" y en "La Cosechera", en la esquina de Pellegrini. En el primero de ellos, durante largo lapso, destacaron su presencia Julio F. Escobar, "bruloteador" insigne; José González Castillo, de elocuencia y combatividad irreprimibles, Alejandro Berrutti inalterablemente comprensivo y complaciente; Carlos Calderón de la Barca de ilustre nombre y Eleodoro Peralta de más modesto apellido; Francisco Collazo e Ivo Pelay, Francisco Canaro y José Siciliano, en una variedad representativa de los más diversos sectores de la actividad teatral. No podía faltar, en consecuencia, la asiduidad de los periodistas especializados: Martín Lemos, Julio C. Viale Paz, Augusto Guibourg, Carlos H. Faig, Luis M. Grau, Octavio Palazzolo... Y a pocos metros de "El Seminario", en "La Cosechera", en grupos minoritarios, se congregaban Pedro Pico, con su adecuadamente administrada sordera que sólo le permitía oír cuando así le convenía, acompañado de Samuel Fichelbaum muy a menudo, y otras veces por Juan León Bengoa durante sus permanencias en Buenos Aires y, en años más recientes, Arturo Cerretani, León Mirilas, Arturo Cambours Ocampo, Félix M. Pelayo...

## PORTEÑISMO Y MADRILEÑISMO

Una nueva ruta evocativa nos indica el café "Los Angelitos", que frecuentara José Antonio Saldías, autor de una obra del mismo título, aunque de muy diferente temática a la que pudo haberle inspirado ese local que fue lugar de reunión de Armando Discépolo y Rafael De Rosa en sus mocedades, y de distintos grupos de "anarquistas", ideología cultivada por varios autores de generaciones anteriores, tales como Alberto Ghirardo, Tito Livio Foppa, Rodolfo González Pacheco y tantos otros que con sus obras enriquecieron nuestro acervo dramático. Y la ruta que nos indica "Los Angelitos", con su sede en la calle Rivadavia, próxima al Congreso, es la de la Avenida de Mayo, que ahí termina y da comienzo a una ristra de recuerdos relacionados con los viejos cafés, tema de estos apuntes. En las proximidades de los teatros Liceo y Maravillas —que cambiaron de nombres sucesivas veces aunque nunca de fachada, como un desafío a las cambiantes modalidades arquitectónicas de los nuevos tiempos—, el "Munich" congregaba circunstanciales grupos hispánicos y habituales cofradías porteñas. Entre estas últimas privaba la que presidían Carlos Max Viale y Héctor Pedro Blomberg, contumaces escanciadores de chops... Y ya avanzando hacia la Plaza de Mayo, "Los 36 billares", café homónimo del de la calle Corrientes, y otros cafés instalados en la ancha avenida oportunamente ampliada para la celebración del primer centenario de la Independencia de Mayo, acogían a las huestes de intérpretes y autores procedentes de Madrid, otorgándole una fisonomía parecida a la que, con el tiempo, ofrecería la Gran Vía, también oportunamente ensanchada. La consumición de chocolate con churros, de café con leche y **picatostes**, de café con gotas de anís y **plantillas**, —codiciados productos hispánicos— en los cafés frecuentados por los integrantes de elencos españoles, contrastaron con la otra consumición muy criolla, de productos autóctonos, aunque en exiguas raciones, de los poetas refugiados en el café "Tortoni", de la misma avenida, emporio de versos y de escenas, de recitales y de conciertos, que le valió mantener una tradición hasta muchos años después.

Para no dejar del todo incompleta la lista, después de mencionar otros cafés de Cangallo, como el "Ateneo", al lado del teatro del mismo nombre, frecuentado durante un tiempo por Federico Mertens, José Gómez, Enrique De Rosas, Mario Sofficci, Héctor Quiroga, etc., y el de esquina que, en años más recientes, fue baluarte y aduar de los integrantes de Artistas Asociados (Enrique Muiño, Elías Alippi, Francisco Petrone, Angel Magaña, Sebastián Chiola, Ulises Petit de Murat, Homero Manzi, Bianco, Castrito y Villita, Lucas Demare, Héctor Méndez), debemos detenernos en "El Tropezón", Callao entre Cangallo y Sarmiento, donde debió mudarse a consecuencia del desmoronamiento del techo que, por haber acontecido, milagrosamente, a primeras horas de la mañana, no produjo víctima alguna. Y que de haber estado concurrido por gente de teatro, impenitente trasnochadora, hubiera sido un mentís rotundo al proverbial dicho de "A quien madruga, Dios lo ayuda".

Por "El Tropezón" han desfilarado varias generaciones de gente de teatro. Su **célebre** puchero trascendió las fronteras argentinas. Artistas criollos y extranjeros convivieron allí durante muchas noches y madrugadas inolvidables. La concurrencia, andando el tiempo, se extendió a otros sectores sociales. Pero, renovadamente, ha sido lugar de concentración obligada de los integrantes de nuestra familia teatral. Cenas, libaciones, controversias, polémicas, pláticas, encuentros y despedidas, desde lejanos años del corriente siglo hasta años más recientes, confirieron a "El Tropezón" una solera, una tradición, una fisonomía tal, que justifican epilogar, con su nombre, esta rápida y caleidoscópica evocación de los viejos cafés de gentes de teatro que dieron un carácter, peculiarmente local, a nuestra babilónica, cosmopolita ciudad de Buenos Aires.